mercurio, no es verdad que el ácido azótico, que el calor desarrollado en la caida, y que otras causas igualmente poderosas, deben haber separado el mercurio de la masa ferruginosa, con la cual presenta, como es sabido, la más leve afinidad. El fierro, el nickel, el cobalto y otras sustancias nos suelen venir del receptáculo etéreo ¿á esa lista podrá agregarse el azogue?

6º No me preocupa lo insólito del fenómeno. El mercurio parece comparativamente escaso en el universo; su naturaleza lo hace fácilmente invisible; en muy pocos puntos sobre la faz del globo se encontrarán observadores capaces para estimar un acontecimiento de esa clase y publicarlo; por eso, en fin, no es de extrañarse que sólo Obsequens refiera un prodigio como el que nos atestiguan las personas más repetables de San Ignacio. ¿No es mayor prodigio todavía descubrir el mercurio en una estrella?

En resúmen, los cuerpos planetarios que atraviesan nuestra atmósfera con su cauda prolongada y persistente, con los colores que la adornan y con las nubecillas en que ella se envuelve, nos atestiguan que su presencia ocasiona una serie de fenómenos que sólo pueden explicarse por la química. Las nubes que se improvisan sobre las llamas de nuestros volcanes; los rayos, relámpagos y truenos que de aquellas brotan, y sus caprichosas formas y variados colores, todo es una prueba de que los fenómenos químicos y los físicos rara vez se presentan separados.

¿Acaso el fierro de nuestra sangre nos viene en íntima mezcla con el oxígeno? No debemos creer, por lo mismo, que sólo el mercurio se sustrae al movimiento general, y que es el único de los metales que espera para evaporarse su paso casual por un laboratorio ó por una hacienda de beneficio.

No es mucho mi entusiasmo por las teorías aventuradas; pero estas se vuelven inevitables para explicar un hecho extraordinario: los prodigios han sido en otro tiempo parte de la supersticion; ahora nó los desaprovecha la ciencia.

Abril de 1873.

ESPIRITISMO Y MATERIALISMO

Discurso pronunciado en el Liceo Hidalgo.

1875.

(Tomado por el taquígrafo Teófilo Armenta.)

SEÑORES:

NO me propongo en este discurso combatir el espiritualismo; deseo sencillamente que mis observaciones sirvan para que los espíritus brillen con todo su esplendor, en caso de que existan; para que, en este supuesto, las pruebas se mejoren, si son débiles é imperfectas, y para que, si los espíritus no existen, nos acostumbrémos á esa idea, con el objeto de que cada uno se consuele, como pueda, de esa ilusion perdida: en resúmen, toda la cuestion versará sobre las pruebas del espiritualismo.

Luchando con lo avanzado de la hora, media noche, y con lo abundante de la materia, me limitaré á examinar con rapidez los rasgos característicos ó principios fundamentales de las tres escuelas espiritualistas que se llaman religiosa, metafísica y espiritualista.

Las pruebas de la escuela religiosa son puramente históricas. Toda religion, en efecto, para la crítica científica, exige la previa resolucion de estos problemas: 1º ¿Existió en tal tiempo un hombre que habló con un espíritu? 2º ¿Se conser-

va fielmente, por la tradicion ó por la escritura, lo que reveló el espíritu á ese hombre privilegiado? y 3º ¿Las palabras escritas tenian en el tiempo de la revelacion el sentido que en la actualidad se les atribuye? Suelen presentarse otras dificultades de igual importancia, pero todas ellas del resorte de la Historia. En la imposibilidad de recorrer todas las leyendas religiosas, escogerémos algunos ejemplos.

Sea el primero el islamismo. La existencia de Mahoma pasa como incuestionable; despojándola de numerosas fábulas y contradicciones, resulta que en tiempo de Cosroes el Grande, hácia el sexto siglo de nuestra éra, existió un árabe, de orígen hebráico, llamado Mahomet, que pretendiendo haber hablado con Dios, escribió sobre estas conversaciones un libro que se conserva con el nombre de Korán.

Este libro comenzó á ser compuesto hácia el año 611, y sus capítulos iban circulando á medida que el autor los juzgaba concluidos. Muerto Mahoma, sus discípulos se reunieron para coleccionar esas revelaciones, y á ellas debemos el libro sagrado tal como ahora existe.

La significacion de las palabras ofrece pocas dificultades, por lo ménos en la cuestion de espiritualismo. Los principales espíritus que figuran en el *Islam*, son Dios, los ángeles, capaces de muerte y resurreccion, y las almas de los hombres.

El espíritu en general es tosco é impuro: tosco, como el principio inteligente, que se equipara con la luz, con el aliento.

Ninguna religion presenta históricamente pruebas más sencillas y robustas qne las del vidente de la Meca: esta creencia ha nacido de la revelacion hablada y escrita, aunque despues los mismos creyentes hayan compaginado el Korán que hoy encierra la palabra divina.

A pesar de tanto, la Historia niega que Dios haya hablado con el profeta; primero, porque no está probado que en Mahoma no hubiese alucinacion ó impostura; y despues, porque los hechos que se suponen maravillosos se sujetan á explicaciones fundadas en las leyas generales de la naturaleza y particulares de la especie humana.

El paganismo enseñaba tambien la existencia de los espíritus, pero los componia de una materia más ó ménos pura, y lo que es más, susceptible de condensarse para hacerse visible y palpable. El espíritu que agitaba á la pitonisa, era un vapor que se comunicaba de un modo que no pareció muy honesto á los Santos Padres. ¡Y las pitonisas existieron, y se conservan sus oráculos, y eran consultadas para los negocios públicos, y por los hombres más inteligentes de la culta Grecia! La historia, sin negar los hechos, niega la intervencion espiritual en esas escenas, por las mismas razones que en general obran en contra del islamismo.

Hace mil ochocientos años que entre los judíos apareció una secta que hoy llamamos cristiana, y que apénas nacida, se ocupó principalmente en fraccionarse; los partidos entónces, para sostener sus pretensiones, formularon su historia y su credo; así, entre otros libros, alcanzaron existencia y publicidad los *Evangelios*. Pero estos eran tantos y tan contradictorios, que fué necesario declarar algunos de ellos auténticos; los cuatro que hoy tenemos, pertenecian al partido dominante: tal es la base histórica del *Nuevo Testamento*.

Los cristianos, como los judíos, creian en los espíritus, pero en espíritus materiales en su esencia, y en caso necesario corpóreos: el Hijo de Dios encarna, el Espíritu Santo ya se manifiesta como fuego, ya como paloma; y el diablo, que por lo ménos sabe qué cosa son los espíritus, llegó á creer que el espíritu de Jesus podria dejarse seducir por la posesion del poder y de las riquezas materiales. En la leyenda cristiana hay tantas dificultades históricas, cuantas palabras contienen los Evangelios, sin perjuicio de otras cuestiones todavía más graves. Aun entre los más ciegos creyentes, la sola crítica filológica conquista cada dia mayor número de incrédulos.

Para evitar la discusion se ha inventado la infalibilidad; pero ¿qué es la infalibilidad para la Historia? Un nuevo asunto de exámen. El estudio de ese dogma contiene hechos incontrovertibles, tales son, por ejemplo, que la infalibilidad ha

pertenecido al principio á todos los fieles, y que despues se ha ido restringiendo hasta concentrarse en los Concilios generales. No cometeré una falta de galantería si supongo que las más grandes de las señoras que me escuchan tienen veinte años; si es así, bien pueden recordar que la misma infalibilidad que hoy monopoliza el Papa, la debe á un Concilio; y siendo así, fácilmente comprenderán cómo otro Concilio puede arrebatársela. Esto quiere decir que para la Historia no hay más infalibilidad que la de la ciencia.

Pues bien; ésta declara que no está probada la existencia de Jesucristo; que no está probado que los actuales Evangelios sean rigurosamente auténticos; que es una desgracia que hayan desaparecido los otros Evangelios, porque aun cuando fueran notoriamente falsos, como documentos contemporáneos, y acaso anteriores, podrian suministrar preciosas luces para el exámen de los que pasan por verdaderos; y por último, que en éstos hay contradicciones gravísimas sobre los puntos más esenciales de la leyenda cristiana.

En resúmen, toda religion, históricamente considerada, es falsa, porque refiere hechos increibles; porque lo increible para hacerse creible necesita no solamente pruebas concluyentes, sino además, que el hecho no pueda explicarse por las leyes comunes de la naturaleza; y porque en lo increible basta que las pruebas sean dudosas para que no sean pruebas.

Diré de paso algo sobre lo increible para la Historia. Ningun sér material ó espiritual hace milagros; si hace lo que puede, no hace un milagro; y jamas hará lo que no pueda. En la esfera de poder, unos hechos son comunes, otros raros, pero ninguno imposible, porque hacer lo imposible es un absurdo. Lo increible con relacion al hombre es lo que se pretende hacer sin los elementos necesarios, ó con elementos que deben producir un efecto contrario. Aplicando este principio á las religiones antiguas, se ve que la existencia de espíritus materiales no es increible, existan ó no existan, porque para hacerlos posibles basta que exista la materia de que se les supone compuestos. La parte principalmente increible en las

revelaciones, consiste en que éstas no se fundan en una posibilidad, sino que se refieren á conferencias entre espíritus determinados y hombres determinados; materializándose así en un hecho de que no hay ejemplo, tienen que probar ese hecho de un modo más escrupuloso que como se prueban los hechos comunes. Y cuando en sus probanzas resultan pormenores que contienen un verdadero obstáculo para que se realice el supuesto acontecimiento, entónces éste es de rechazarse inexorablemente por increible. Un espíritu no puede, por ejemplo, tener las pasiones que dependen de la organizacion animal, ni ejercer las funciones de las plantas, porque aun suponiéndolo material, se comienza por considerársele como diverso de las especies organizadas: no retoñará como una higuera, ni conocerá el amor sensual como los hombres.

A todo esto, reponen algunos, ¿cómo olvidar las creencias de nuestros padres? La Historia contesta: *yo no me preocupo, en mis fallos, de los pesares de familia; si así fuera, reconoceria todas las religiones.*

La religion, para conseguir la creencia en los espíritus, sólo tiene un instrumento, la fe; científicamente no puede probar ni su propia historia!

Pasemos ahora á la metafísica: como yo no profeso esa ciencia seré breve y claro.

Cada palabra, en el lenguaje humano, tiene por lo ménos dos significaciones; y cuando aquella cambia de forma, es porque las últimas se han ausentado; de aquí proviene lo que en gramática se llama singular, plural, sustantivo, adjetivo, verbo. Las conjugaciones y declinaciones expresan el parentesco de las palabras; esto se llama clasificacion.

Las clasificaciones no tienen una base artificial; por defectuosas que sean se fundan en la naturaleza. Los objetos pueden considerarse dentro ó fuera de nuestra inteligencia. Dentro, son visibles, tangibles, audibles, sápidos y olorosos, presentes ó pasados. Fuera, se supone con las mismas propiedades de que aparecen revestidos en las ideas; además se les considera como reales é imaginarios, como minerales, vegetales y

animales; y por último, se les distribuye de diversos modos, tomando por base cualquiera de sus propiedades comunes. Todas las operaciones de la inteligencia son clasificatorias; el hombre más desordenado no se pone el sombrero en los piés ni los zapatos en la cabeza; la mujer más independiente no cita al mismo tiempo á su marido y á su amante. La naturaleza no exige un órden determinado, pero sí en todos sus fenómenos exige un órden.

Esto lo observa cualquiera sin ser metafísico. Las clasificaciones, en el lenguaje comun, no tienen ni uniformidad ni un íntimo enlace; estos defectos sugirieron la idea de buscar la base para una clasificacion universal y comun: hiciéronse, pues, diversas tentativas. El resultado más importante de éstas puede compendiarse en el siguiente sistema:

Todo lo que existe ó puede existir se llama *sér*, *ente*.

Los séres se dividen en *sustancias* ó en *modos* de las sustancias.

Las *sustancias* no necesitan, para existir, de todos los modos; pero no pueden existir sin algun modo.

Los *modos* ó abstracciones pueden concebirse ó suponerse sin la sustancia; pero no pueden existir sin una sustancia.

Basta lo expuesto para que se comprenda lo inocente de esta diversion científica: parecia que este trabajo, cuando más, pudiera dar un nuevo capítulo á la gramática: no se contaba con los sofistas.

Vinieron esos señores y dijeron: "con la metafísica pueden improvisarse nuevos séres y suprimirse algunos de los existentes."—¿De qué modo?—Los procedimientos son sencillos.

Ejemplo de supresion: voy á probar que vdes no existen. El vestido de vdes. no es de vdes., y acaso tampoco les pertenece ni la cabellera, ni un ojo, ni alguna otra de sus formas más aparentes; el cuerpo no es sino un modo de la materia; la materia es una sustancia que nadie conoce, es una abstraccion. Luego vdes. no existen.

Ejemplo de creacion. ¿Quién no conoce á los gatos? sólo en Paris hay cien mil. Todos los gatos forman una especie;

los individuos mueren, pero la especie vive; la especie gato debe existir como sustancia y sér inmortal. Luego además de todos los gatos domésticos y monteses, existe un gato metafísico.

Colocados los sabios en tan sólida posicion, fácil les fué aplicar sus procedimientos á los espíritus. "El espíritu material—exclamaron—es una invencion de niños; hagamos un espíritu inmaterial. Lo inmaterial está en lo material; lo inmaterial se descubre pasando, verbigracia, al hombre por el alambique metafísico. Hemos probado que la materia es una abstraccion, que no existe; pero probar es pensar, luego el pensamiento existe; el pensamiento no es material, luego es inmaterial: algo ha de quedar del hombre!"

A esto se les replica que el gato piensa, y entónces observan que lo inmaterial puede ser más ó ménos puro: un pensamiento gatuno se llama instinto.

Si, faltando uno al respeto debido á los metafísicos, les pregunta por qué "el pensamiento no es material, comienzan enojándose, y concluyen con esta prueba: Las potencias del alma son memoria, entendimiento y voluntad. La memoria no es material, pues no se sabe que el agua, el aire, la tierra ni el fuego se acuerden de nada; si mi violin repite la Marsellesa, no es porque se acuerde de ella. ¿Quién afirma que el granizo cae por su voluntad? Y sobre todo, en materia de juicio ¿hay alguno que piense con las uñas?"

Pero señor, los susodichos gatos tienen memoria.—Hacen que se acuerdan.—La planta escoje, siempre que puede, sus alimentos, y busca el objeto de sus amores.—Leyes físicas y químicas, fatalismo.—Los astros no se equivocan en su camino.—¿Cómo quiere vd. dar alma á los astros?—No, señor metafísico; lo único que quiero es recordarle á vd., que cuando se trata de fenómenos complicados, es preciso analizarlos repetidas veces para comprenderlos.—Y cuando no se comprenden, no ocurre uno á las hipótesis?—Sí señor; pero toda hipótesis consta de tres hechos, dos conocidos y uno que se supone.—Y lo que se supone, por qué no ha de ser un ab-